
NOTAS



USOS Y UTILIZACION DE LA HISTORIA

Feliciano Páez-Camino

¿Para qué sirve la historia? Quienes pretenden ir más allá de la mera erudición, del cotilleo factual, de la narración ejemplificadora, contestan que para conocer el pasado y que ese conocimiento facilita —y esa es su finalidad esencial— la comprensión del pre-

sente. Por su parte, Pierre Vilar ha propuesto invertir los términos para considerar que se trata, más bien, de *comprender* el pasado para poder así *conocer* el presente.

En cualquier caso, parece existir entre los historiadores una generalizada conciencia de que la historia tiene un sentido, una utilidad social. Lejos de las esferas de la ciencia *pura* y de las aspiraciones a una objetividad inencontrable, la historia asume, cada vez más claramente, su condición de cristalizadora y transmisora de una cierta forma de memoria colectiva; su propia condición de fenómeno histórico, en definitiva.

La historia, en efecto, no se *escribe* de una vez por todas. Cada época, cada generación, construye su propia reflexión sobre el pasado a la par que construye, de forma plural y conflictiva, su propia percepción del presente y su proyecto de futuro. Incluso la elaboración de datos y de realidades conocidas sobre las que se monta la reflexión histórica guarda relación con el ambiente que domina el presente del historiador. Eso ya lo dijo Benedetto Croce a comienzos del siglo y no parece que haya que explicar mucho por qué están hoy en boga, por ejemplo, los estudios sobre la depresión económica de los años treinta. El presente del historiador incide no sólo en los temas de estudio predominantes sino también en la forma de enfocar cualquier tema: ¿habría tratado Hamilton el tema de la revolución de los precios como consecuencia de la llegada del metal americano de la misma manera, de no haber estado inmerso él mismo en los años del crac, con los argumentos keynesianos como fondo?

No se trata sólo, pues, de que la historia ayude a explicar el presente, sino que el

presente explica, a su vez, la historia. A través de ese replanteamiento constante, puede considerarse la existencia de un cierto avance, de una creciente depuración de la historia como ciencia social. El estudio, o la simple narración, del acontecimiento va cediendo paso al análisis de las estructuras y de su dinámica. Se tiende a captar, cada vez más, el sentido de la *larga duración* histórica, con preferencia a la corta duración, sin por ello empantanarse en las aguas de las *filosofías de la historia* sin historia dentro. Lo individual, además, deja paso a lo colectivo y ya los individuos y los grupos sociales tienden a ocupar cada cual su papel, sin que aquéllos suplanten sistemática y fraudulentamente a éstos.

En cada uno de estos cambios hay larvada, ciertamente, una trampa que puede hacerlo estéril y convertir a la *nueva* historia en una parodia de la vieja, sustituyendo los manidos clichés narrativos de ésta por muy modernas —e irremisiblemente plúmbeas— pedanterías conceptuales que, a la postre, contribuyen a apuntalar las viejas tradiciones que son, si poco *científicas*, por lo menos más amenas.

Pero el que no sea oro todo lo que reluce en las modernas tendencias historiográficas no autoriza, desde luego, a rechazarlas en bloque: son, en general, el testimonio de un paso adelante en el proceso de madurez de la historia. Por supuesto que las innovaciones no son de ayer mismo. Brotan, buena parte de ellas, del viejo tronco marxista que, aparte de poner sobre la mesa cartas hasta entonces sistemáticamente sustraídas al juego, ha inspirado obras esenciales en el hacer historiográfico. Muchas inquietudes innovadoras que, con una base de reflexión de inspiración

marxista, sintieron la necesidad de conectar, metodológicamente, a la historia con las restantes ciencias sociales, se canalizaron a través de la revista francesa *Annales* (fundada en 1929 por Lucien Febvre y Marc Bloch), que constituye un punto de referencia obligado en cualquier reseña de la renovación historiográfica. Además, desde los años treinta vienen desarrollándose corrientes que propugnan el empleo de la cuantificación más o menos sistemática en las investigaciones históricas, junto con la construcción de modelos de base econométrica. Mucho hay de ganga en estos planteamientos —particularmente en las corrientes norteamericanas— pero la sensibilidad hacia estos menesteres, tan alejados de los de la historia tradicionalmente concebida, ha dado, en casos como el de W. Kula o del propio E. Labrousse, frutos nada despreciables. Por lo que a nuestros días se refiere, nombres como los de E. Hobsbawm o P. Vilar, o la vía abierta por los trabajos de P. Anderson o I. Wallerstein, son testimonio de una indudable vitalidad y creatividad en el quehacer histórico.

El problema consiste en saber si todo esto tiene una real trascendencia al mundo social, más allá de las capillas de iniciados y adictos; en qué medida los avances en la ciencia histórica sintonizan en el hombre medio que, activa o pasivamente, hace —y sufre— la historia. Hay que plantearse, en definitiva, si los pasos adelante que se han dado en la interpretación del pasado han sido asumidos por la gran mayoría de los que van a construir el futuro. Y, si no es así, ¿qué hacer?, ¿cómo acercarlos la historia que se va haciendo?, ¿cómo integrarles en la tarea colectiva de hacer esa historia?, ¿cómo conse-

guir la percepción de un pasado (que captamos de forma cada vez más compleja) de manera sencilla y que no sea, a la vez, excesivamente simplificadora y deformante?

Es ésta una inquietud que, desde diversos ángulos, viene siendo manifestada en los últimos años por varios historiadores. Veamos algunos ejemplos significativos.

Du passé faisons table rase?

Con este interrogante puesto a un verso de la Internacional titula Jean Chesneaux un libro que es, entre otras cosas, un ajuste de cuentas del historiador profesional con su condición de ciudadano que quiere cambiar el mundo; es, si se quiere, un descargo de conciencia.

Chesneaux, que es conocido en nuestros medios historiográficos por sus estudios sobre el campesinado chino, sus interesantes síntesis sobre la historia contemporánea del Asia oriental y su lectura política de la obra de Julio Verne, señala en este libro la manipulación de la historia por el poder, se plantea la posibilidad de invertir la relación entre pasado y presente, bucea en los ritmos de la evolución histórica... y termina por preguntarse qué historia necesitamos para hacer la revolución. Entretanto, nos deja dicho que la historia es, desde luego, una cosa demasiado importante para que se la dejemos a los historiadores.

En los años setenta, Josep Fontana, a quien debemos imprescindibles estudios sobre la historia económica de nuestro siglo XIX y sus implicaciones sociales y políticas, ha planteado en varias ocasiones, y abordando aspectos diversos, el tema del papel del historiador, de la necesidad de construir una *nueva* historia y de los peligros que acechan a la empresa. Y nos ha

levantado la moral con cosas como ésta:

«La historia académica ha seguido desempeñando, hasta hoy, su papel en la defensa y conservación del orden establecido, bien sea contribuyendo a fabricar el repertorio de mitos con los que se trata de lograr que los hombres acepten sin reflexión las formas de organización social en que viven, bien limitándose a practicar una erudición inocua que, al desviar la atención del mundo que rodea al historiador, sirva por lo menos para neutralizar a quienes no aceptan de buen grado una colaboración más decidida. Frente a ella, la historia nueva pretende convertirse en instrumento de comprensión y de crítica, no para inculcar a los hombres unos nuevos ideales en sustitución de los viejos, sino para enseñarles a usar sus ojos y su cerebro, a examinar las cosas por sí mismos, a juzgar por su cuenta y elegir su camino conscientemente. Por tanto, no es de extrañar que quienes tienen como objetivo supremo la preservación a toda costa de lo establecido la combatan como algo peligroso y subversivo.»

Algunos han abordado una de las raíces esenciales del problema: analizar qué historia se enseña a los niños para entender qué idea del mundo tienen y quieren transmitir los mayores. El tema no deja de tener importancia porque, en el fondo del malestar de muchos historiadores, que son también, casi siempre, profesores de historia, está la necesidad de enseñar otra historia y de enseñarla de otra manera: dos cosas que van bastante unidas.

A ello apunta Jean-Noël Luc cuando, en el marco de una muy sensata crítica a las formas tradicionales de enseñanza de la historia en la escuela primaria, propone que

los niños aprendan historia a través del estudio de su entorno. A través de las posibilidades que éste ofrece, el alumno, en vez de enfrentarse directamente con abstracciones o conceptos, lo hace con realidades perceptibles por él y que están creando el marco y las condiciones de su existencia. A través del estudio de esas realidades conoce las condiciones de elaboración del discurso histórico general (la historia que está en los libros), con lo que es, a la vez, más crítico y más participativo con respecto a ese mismo discurso.

Por su parte, Marc Ferro, del que nos son conocidos sus estudios sobre la revolución rusa, la primera guerra mundial y la relación entre el cine y la historia, ha emprendido una tarea esencial: contarnos cómo se cuenta la historia a los niños en muy diversos rincones del mundo. Necesariamente incompleto, a veces un poco apresurado en su análisis (las cuatro páginas dedicadas a España nos saben, lógicamente, a poco), el libro de Marc Ferro revela cosas harto curiosas que son, simultáneamente, motivo de sangrante reflexión sobre las posibilidades de manipulación ideológica que ofrece esta vieja «maestra de la vida». La memoria colectiva del hombre en sociedad se convierte en desmemoria institucionalizada cuando ocurre, por ejemplo, que los niños negros de Jamaica aprenden una historia en la que el tema de la esclavitud es presentado de tal modo que les conmueve menos la suerte de sus antepasados que la de los pobres *ingleses* que fueron enviados a Roma como esclavos por César...

Se trata de seguir avanzando en la construcción de la historia sin dejar de ser conscientes de los condiciona-

mientos *históricos* que pesan sobre esa construcción; y no perder de vista que la utilidad de la historia está en estrecha relación con lo usos que se hagan de ella. Para los historiadores de izquierda es preciso ganar la batalla de la *ley* (la historia que elaboran los historiadores) sin perder la de los *reglamentos* (la historia que aprende, que lee la gente). Es probable que para que la política, en sentido amplio, sea hechura de todos, la historia haya de serlo antes también. Algo de eso debía sentir Gramsci cuando, ya próximo a su muerte, le escribía desde la cárcel a su hijo Delio:

«Yo creo que te gusta la historia, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque se refiere a los hombres vivos, y todo lo que se refiere a los hombres, a cuantos más hombres sea posible, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen entre ellos en sociedad y trabajan y luchan y se mejoran a sí mismos, no puede dejar de gustarte más que cualquier otra cosa.»

REFERENCIAS:

- CHESNEAUX, Jean: *Du passé faisons table rase?* París, Maspero, 1976 (hay versión española en Siglo XXI).
- FERRO, Marc: *Comment on raconte l'Histoire aux enfants à travers le monde entier.* París, Payot, 1981.
- FONTANA, Josep: *Els usos de la Història*, en «L'Avenç», núm. 80, Barcelona, 1976.
- FONTANA, Josep: *La historia.* Barcelona, Salvat, 1973.
- LUC, Jean-Noël: *La enseñanza de la historia a través del medio.* Madrid, Cincel, 1981.
- VILAR, Pierre: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico.* Barcelona, Crítica, 1980.

LOS SOCIALISTAS CATALANES: LA UNIFICACION FRUSTRADA DE 1933

Isidre Molas

En 1931, al filo de la proclamación de la II República, existían en Cataluña dos pequeños partidos socialistas de implantación e influencia limitadas: *Unió Socialista de Catalunya* y la *Federació Catalana del PSOE*. La *Unió Socialista*, que había surgido el 8 de junio de 1923 bajo el impulso de algunos afiliados al PSOE como plataforma de atracción de los sectores más sensibles al catalanismo de izquierda, había adoptado una actitud de oposición a la Dictadura y desde su misma fundación había buscado la coincidencia táctica con las fuerzas democráticas avanzadas. En 1930 se estructuró definitivamente como partido y se vinculó casi establemente en una alianza electoral y política con Esquerra Republicana de Catalunya, lo que le proporcionaría cuatro diputados en 1931 (G. Alomar, R. Campalans, M. Serra Moret y J. Xirau Palau), dos consellers de la Generalitat (R. Campalans y M. Serra Moret) y, posteriormente, uno más (J. Comorera), y cinco diputados al Parlament de Catalunya en 1932 (J. Comorera, J. Fronjosà, E. Ruiz Ponseti, G. Gerhard y M. Serra Moret). A pesar de ello su irradiación no era excesiva. En octubre de 1931 en unas elecciones par-